

# EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 8 de Marzo de 1917.

Número 10.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja

## UNA EXPLICACIÓN

Al ir á cerrar este número, me enteré de que han sido denunciados *El País*, *España Nueva* y *El Socialista* por la reseña que hicieron del mitin celebrado el jueves en la Casa del Pueblo para protestar del cierre de las Cortes.

Y me encontré con que había copiado al pie de la letra lo que dijo *El País*, que con los comentarios que le puse á la reseña se llenaban las tres primeras planas, y que no tenía tiempo para sustituirlas con original nuevo.

¿Qué hacer? ¿Publicar lo compuesto? Fué lo primero que se me ocurrió. Pero inmediatamente pensé:

«Si no recogiesen la edición y pudiera llegar el número á manos de mis lectores, la denuncia sería lo de menos. Pero teniendo la seguridad de que no lo recibirán, pues será detenido en Correos, sería necedad insertar la reseña del mitin.» Y opté por retirar las tres planas.

Pero aquí se me presentó otro problema.

¿Con qué original sustituirlas? En esto recordé que tenía compuestas una porción de poesías para la octava plana, y exclamé:

«Ya tengo la solución. Retiro el original del mitin, ajusto el que me queda, y donde termine, echo mano de las poesías. Así como así, quizás me lo agradezcan mis lectores. Por lo menos se sonreirán alguna vez leyéndolas, lo que no les ocurriría habiéndoles de la guerra europea, de la falta de trabajo en España, de la ca-

restía de las subsistencias, de la escasez de carbones, de la fruta que no se vende, de los españoles que cobran de Alemania, de los que proveen de gasolina á sus submarinos para que puedan dedicarse á echar á pique nuestros barcos mercantes, de los compatriotas que mueren de hambre y frío por las calles, de los que hacen su agosto en Cuaresma, de los hospitales y asilos abarrotados de carne humana de quinta ó sexta clase, de los tahoneros que roban, y de todas las demás cosas tristes que nos tienen preocupados, intranquilos y fornicados.

Y después de decirme esto, ya no dudé más; requerí la péñola y me puse á enjaretar esta *Explicación*, sintiendo en el alma que mis lectores no se enterasen por *El Motín* de lo mucho bueno y justo que dijeron García Cortés, Castrovido, Besteiro, Ovejero, y, sobre todo, Marcelino Domingo, que repitió ampliados, con gran claridad y datos nuevos, los cargos terribles que viene haciendo en su periódico *La Lucha* sobre nuestra actuación en Marruecos.

Para dar una ligera idea de la importancia de lo que en el mitin se dijo, bastará saber que yo, que pocas veces aplaudo (por falta de primera materia), creí que debía en justicia comenzar de este modo el artículo dedicado al acto:

### «UN MITIN... MITIN

Me pasa con los mitins lo que con todo; que quiero que respondan al propósito con que se celebran. Y después de los muchos que los republicanos hemos perpetrado, ñoños, sin contenido revolucionario y sin finalidad, ha venido el del jueves último á romper la monotonía de lo insulso. ¡Ya era tiempo!

Por esto le he puesto á estas líneas el título que llevan: *Un mitin... mitin*; es decir, que ha respondido á lo que debería esperarse de todos.

El título no es completamente original: me lo ha inspirado este recuerdo.

Don Nicolás María Rivero, aquel hombre que lo mismo atacó á los Borbones en el periódico, que se batió en la barricada, que impuso la democracia en las Constituyentes del 69, que ayudó el 11 de Febrero á que se proclamase la República, era, al par de todo eso y de andaluz de mucha gracia, gran aficionado al jamón; pero al jamón... jamón, como él llamaba al crudo: en cualquiera otra forma, no le gustaba.

Y eso me pasa á mí con los mitins: no me gustan aderezados con frases retóricas, ni con palabras huecas, ni con períodos de *chin chin*. Prefiero que, como el jamón crudo, tengan olor, color y sabor propios, y mientras más pronunciados, mejor. Para discursos correctos, ahí están las Academias y los Ateneos.

Y dicho esto, ahí va lo que en el mitin del jueves, celebrado en la Casa del Pueblo para protestar del cierre de las Cortes, manifestaron los oradores que en él tomaron parte.

(Aquí copiaba lo que *El País* publicó, y le ponía unos comentarios que seguramente no hubieran agradado al fiscal, y de los que solamente aprovecho este párrafo:

«Alguien ha dicho, á propósito de lo documentada, razonada y valiente campaña de Marcelino Domingo en *La Lucha*, que no hubiera podido hacerla de no ser diputado. Concedido, con tal que se reconozca á la vez que el ser diputado no le obligaba precisamente á hacerla. Y lo prueba el que tenemos los republicanos de quince á veinte en el Congreso, y ninguno ha alzado su voz sobre lo de Marruecos con la constancia y la gallardía de Domingo, lo mismo en el periódico que en el mitin.»

Y corto aquí, porque no tengo tiempo para escribir más.

Si cobrase de los alemanes, podría sostener una redacción que me sacara de estos apuros; mas como estoy solo para escribir, corregir y ajustar *El Motín*, no puedo hacer todo lo que quisiera.

Y gracias á que todavía no tengo completamente la cabeza hueca, y que puedo todavía utilizar á medias un *cliso*, caritativamente auxiliado, por una lupa de doce dioptrías; que si no, el número de hoy no saldría á tiempo.

## El cerrojazo

La tarde que el Gobierno leyó el decreto cerrando las Cortes, las minorías se indignaron, la republicana especialmente.

No se me alcanza qué hubieran contestado si Romanones dice á los que más gritaban:

—Como ustedes han sido tan buenos y tan tolerantes conmigo, creí que no se incomodarian por haberles ocultado mi resolución. Realmente



he sido un poco ingrato. Después del triunfo que me prepararon hace pocos días, he debido ser más cortés con ustedes. Pero, en fin, lo hecho, hecho está; y supongo que no me guardarán rencor. Todos pecamos alguna vez, y no supongo que ustedes los republicanos aspiren a la exclusiva en lo de faltar a su deber parlamentario. Con que, pelillos a la mar, y a continuar siendo excelentes amigos como hasta aquí.»

—Sí, lo repito; no sé qué pudieran haberle contestado los diputados republicanos, si Romanones llega a hablarles así.

## Los yankófilos

—Don Francisco, estoy indignado con lo que ocurre. Desde que ha estallado el conflicto entre Alemania y los Estados Unidos ya tenemos yankófilos, ya nos hemos olvidado de Santiago y de Cavite, ya no nos queda ni patriotismo.

—Pues si a los que simpatizan ahora con los yankis les llama usted malos patriotas, ¿qué diría de los que en 1808 se aliaron con los ingleses, a los tres años de la batalla de Trafalgar?

—Poco a poco; aquellas eran otras circunstancias; los españoles de entonces se aliaron con Inglaterra pensando en el porvenir de su patria.

—Eso quiere decir, que si las circunstancias lo exigieran ahora, también nos uniríamos a Inglaterra y Francia mirando al porvenir de España.

—¡Eso no, D. Francisco! Inglaterra y Francia nos han hecho mucho daño.

—Sí, nos han devuelto el que les hicimos cuando fuimos poderosos; pero más daño que Inglaterra y Francia a nosotros ha hecho Turquía a Bulgaria. ¿Qué opina usted de la alianza turco-búlgara?

—Que Bulgaria se alió para poder atacar a Servia...

—Que había sido su compañera de esclavitud.

—Además, la alianza fué con Alemania, pero como Turquía era aliada del kaiser, resultó Bulgaria aliada de Turquía.

—Que es como si España se aliara con Portugal, aunque resultara así aliada de Inglaterra y los Estados Unidos.

—Eso es imposible, D. Francisco. Recuerde usted que el 1898 está demasiado reciente para que haya yankófilos.

—Más reciente estaba en 1823 la guerra de la Independencia y, sin embargo, las derechas españolas recibieron con los brazos abiertos a los cien mil hijos de San Luis.

—Entonces España era víctima de la hidra revolucionaria y se aceptó la intervención extranjera. No había otro remedio.

—Sí había otro remedio. Que hubiese aceptado la Constitución de Cádiz Narisotas, el tocayo del actual rey de Bulgaria, a quien, por cierto, también llaman Narisotas en el extranjero.

—Bien, pero nos separamos de nuestro asunto. Decía que no debía haber yankófilos.

—Si ya los había antes de ahora. Hace cinco meses, cuando el incidente del U-35 en Cartagena, preguntaron los aliados a los neutrales qué criterio debía seguirse con los submarinos, y los Estados

Unidos contestaron *prácticamente* recibiendo en uno de sus puertos a un submarino alemán. Entonces nuestras derechas aplaudieron el rasgo de la *Gran República* (así la llamaron). ¿Cree usted que si los yankis fueran a la guerra en contra de los aliados no serían yankófilos todos los germanófilos?

—No sé qué decirle, porque los yankis nos arrebataron nuestras colonias. En cambio, ahí tiene usted, el kaiser lo sintió muchísimo.

—No sabía ese sentimiento; pero, dígame: ¿qué sintió el kaiser, que perdiéramos nosotros las colonias, ó que se apoderara de ellas una nación más fuerte que nosotros y a quien era más difícil arrebatárselas? Observe usted que una vez abierto el istmo de Panamá, la vía más corta que rodea al mundo es el Mediterráneo, Estrecho de Gibraltar, Atlántico, Canal de Panamá, Pacífico, Estrecho de Malaca, Indico y Canal de Suez. Esa vía estaba jalonada de posiciones españolas que eran muy golosas para cualquier potencia que ambicionase colonias, por ejemplo, Alemania. No olvide usted lo de las Carolinas.

—No lo olvido. Pero los culpables de que nos quedáramos sin colonias fueron los yankis.

—Mejor sería decir que fuimos nosotros, por no seguir los consejos de Pi y Margall. En la vía que le he citado antes hay también colonias holandesas y portuguesas que nadie codicia, que yo sepa, como no sean las colonias portuguesas que se lleve Alemania el día que en Portugal se restaure la monarquía. ¿No decía eso la Buena Prensa?

—No lo recuerdo, pero esos yankófilos de ahora...

—Esos le preocupan a usted más que los yankófilos de hace cinco meses, los que aplaudían a Nort-América por no humillarse a las exigencias de la perversa Albión. ¿No es verdad?

F. R.

AL MAESTRO CÁVIA

## La generación de 1898

### Los valores destruidos

El curioso espectador se siente defraudado al presenciar las luchas parlamentarias. No hay hule. Las tempestades, previamente anunciadas, se deshacen como un azúcarillo en un vaso de agua. Los viejos aseguran que no han visto nunca tanto comedimiento en la acción gubernamental ni tanta mansedumbre en las oposiciones. Lo uno corresponde a lo otro. Los desplantes matonescos de un González Bravo desataban la palabra cálida é iracunda de un Ríos Rosas. A la arbitrariedad gubernamental seguía la imprecación tribunicia. Entonces no se burlaba nadie de los acentos tribunicios. Detrás de los tribunos estaba el pueblo. Los cascos de metralla llegaban hasta el hemicycle, que más de una vez cruzaron los diputados para acometerse. La pasión inflamaba las arengas y levantaba los puños, amenazadores... Aquello pasó.

Es la historia del siglo XIX, de que tanto hemos abominado. Ya no hay diputados que digan atrocidades y pidan que se *esculpan*. Ya nadie esgrime, para reforzar su argumentación, el estoque. Ya Pi y Margall no deja caer de sus fríos labios, sereno, imperturbable, acusaciones tremendas, ni los fieros puños de Salmerón golpean el pupitre... En aquellos tiempos era posible todo, todo menos conseguir que enmudeciera la tribuna española.

\*\*\*

El menosprecio del siglo XIX español es uno de los grandes errores y de las grandes culpas de la llamada *generación del 98*. Literariamente considerado, es uno de los períodos más fértiles de nuestra historia; desde el punto de vista político, es de un interés y una emoción insuperables. Aquellos hombres tenían fe en sí mismos y en su patria; los conspiradores de traza más vulgar eran infinitamente superiores á muchos ilustres pedantes de nuestro siglo XX. El siglo XIX español no es sólo un siglo en extremo pintoresco, una inagotable cantera artística, materia de inspiración para el creador genial é incentivo del organismo infecundo; es un siglo fuerte, en que la energía brota á raudales del alma del pueblo. Los grandes hombres que produjo no nacieron en un páramo; los ideales que cantaron los grandes poetas y los grandes tribunos eran los ideales de la raza, raza viril, pródiga de su sangre y de su vida, preparada por el heroísmo de las luchas interiores, cuya profunda significación ha visto como nadie Unamuno, para comprender y amar el gran ideal humano de la libertad y de la civilización.

\*\*\*

En los momentos en que el siglo XIX culmina, es el pueblo español una fragua de entusiasmo. Un gran gobernante hubiera podido forjar una gran nación. Pero se inaugura una política de corrupción que dura todo el resto del siglo. La reacción española pierde su agresividad, y en vez de cazar á los revolucionarios como á fieras se propone convertirlos en animales domésticos. En vez de abrir tumbas, prepara doradas jaulas. Ya no hay un González Bravo ni un Narváez, arbitrarios, violentos; hay un Cánovas que invita á la «sórdida y premiosa colaboración.» Desde este instante la política española cambia por completo. Ya no es la trágica verdad de las guerras civiles; es la apariencia del régimen parlamentario. Ya no se cruzan balas; se cruzan sofismas. Se aparta al pueblo de la barricada, y, magno soberano, se le entrega, como un cetro de caña, la papeleta electoral. A la violencia que saca el pecho se sustituye el virus, que se oculta en los entresijos y re-



covecos del expediente. El alma del pueblo se ahoga entre miasmas. Y arriba la impudicia se ostenta cínicamente. «Esto es una tribu con pretensiones.» «Son españoles... los que no pueden ser otra cosa.»

Fué esta política corruptora la que nos llevó al desastre. Los *hombres del 98* tuvieron razón para revolverse contra esta política. Pero como si esta política de corrupción del último período fuese todo el siglo XIX, y, lo que es más, el 98 fuese el desenlace de un proceso varias veces secular, los *hombres del 98* emprendieron una *revisión de valores*, en la que se fué mucho más allá de lo necesario y de lo debido. No era bastante destruir los falsos prestigios; fueron injustamente atacados muchos verdaderos, como si más que de una contrarreacción política se tratase de una revolución estética. Lo que se trajo á revisión fué, en verdad, toda la historia de España. Había que destruir la leyenda en todas sus manifestaciones: la leyenda de la fertilidad de nuestro suelo y de nuestras riquezas naturales; la leyenda científica, que había permitido á Menéndez y Pelayo llenar volúmenes y volúmenes con nombres de sabios españoles; la leyenda de nuestras actitudes militares. Macías Picavea se remonta hasta descubrir en la grandeza del siglo XVI, en lo que él llama el *austracismo*, las causas últimas del desastre. Y Costa no para el vuelo de su imaginación hasta dar con el sepulcro del Cid y echarle doble llave. ¡Pobre Cid Campeador, culpable de nuestros desastres de la última centuria!

\*\*\*

Con la más excelente de las intenciones, fué mucho el daño que nos hicieron estos hombres ilustres. Su pesimismo nos contagió á todos. El mismo Salmerón, que con tanta fe creía en los destinos de su raza, llegó á decir en las postrimerías de su vida que el atraso de España tenía explicación en la formación geológica de Castilla. Costa aseguraba que la causa de nuestra continua, uniforme y omnilateral decadencia radicaba en los últimos estratos de nuestra corteza cerebral. Siendo así, ¿para qué luchar? El resultado de esa obra de negación y de pesimismo lo estamos tocando ahora. ¿No se quería echar doble llave al sepulcro del Cid? Pues ya está echada. ¿No se decía que era preciso atar al loco de Don Quijote? Pues ya está atado y bien atado.

ALVARO DE ALBORNOZ

## Eliminación necesaria

Cuando acabe la guerra, y si para entonces me alcanza todavía la vista, repasaré la Historia de España desde los tiempos de Numancia acá, para ir señalando los hechos que deben ser eliminados de ella.

¿Con qué objeto? Con el de evitar que haya algún insolente que nos califique de embusteros, si caemos en la tentación de escupir por el colmillo recordando lo que la Historia dice que hicimos, al compararlo con lo que hoy hacemos.

Un mendigo ufanándose de sus grandezas pasadas al tender la mano al transeunte, ahuyentaría la lástima y llamaría al desdén.

Igualmente las naciones que vienen á menos deben olvidarse de su pasado para que no resulte por el contraste su presente más vergonzoso.

## Las dos medias

(TRADICIÓN PIADOSA)

Fué Santo Toribio un obispo sabio, caritativo y prudente, honra y prez de la mitra de Astorga.

Su castidad era tan excesiva, que cuando por necesidad tenía que hablar á una mujer, sus pudorosos ojos se fijaban en tierra y no se atrevía á levantar la vista.

No les sucedía lo mismo á varios canónigos de su cabildo, los cuales tenían las amas á pares, las queridas por docenas y los hijos por gruesas.

Como el libertinaje es enemigo encarnizado de la castidad, y la purísima vida de su prelado hacía resaltar más la suya desmoralizada, teníanle odio, ya que no envidia, y un día, mejor dicho, una noche, idearon hacerle una jugarreta de padre y muy señor suyos para desacreditarle.

Al efecto sobornaron á uno de sus pajes, y le quitaron una de sus medias moradas, sustituyéndola por una femenil y blanquísima como el ampo de la nieve.

¡Qué ajeno estaba el bienaventurado de que durante su beatífico sueño se hacía en su alcoba semejante escamoteo! ¡Cuán lejos de sospechar la celada que lo tendían sus enemigos!

Al día siguiente levantóse como de costumbre, y se puso el par de medias que tenía á mano, sin fijarse en la diversidad de color. Está siempre tan preocupada la imaginación de los prelados, que no reparan en esas nimiedades.

Aquel día celebrábase en la catedral una soberana fiesta, y allá se fué el bendito luciendo su heterogéneo par de medias.

¡El murmullo que se armó entre fieles y beatas!

—¡Mira, mira—decían cuchicheando;—parece tan santito, y, sin embargo, no duerme sólo, y se ha puesto una media de su compañera!

¿Qué no sospecha la malicia de las beatas?

Los prolongados murmullos y las irreverentes risas hubieron de advertir al bondadoso prelado de que algo extraordinario ocurría en el templo. Miraba á todas partes y no veía nada que justificase el regocijo de los fieles.

—¡De qué buen humor están hoy mis diocesanos!—decía con su candor angelical.

Por fin, uno de sus oficiosos cortesanos le advirtió el *quid pro quo* de las medias.

—¡Ahora me lo explico todo!—debió exclamar el santo; y para vindicarse de

las injustas y malévolas suposiciones que de su conducta se hacían, exclamó sobre poco más ó menos:

—Pongo á Dios por testigo de que soy inocente de la menor liviandad, y espero que lo confirme con un milagro. ¿Véis estas ascuas del incensario? Pues lo voy á echar en mis vestiduras. Si soy culpable de lo que sospecháis, arderán inmediatamente, y si no permanecerán intactas.

Así lo hizo, y las brasas respetaron las ropas del santo, el cual inmediatamente abandonó la diócesis sacudiéndose el polvo de las zapatillas, por no querer ni aún el polvo de gentes tan malvadas unas y tan maliciosas otras.

Aquí debiera poner punto final, pero no lo haré sin dirigir antes una exhortación, fruto de tan verídica como maravillosa historia:

«Vosotros ¡oh impíos!, que os pasáis la vida haciendo juicios temerarios de los castos sacerdotes, no murmuréis de ellos aunque los veáis con una media negra y otra blanca; ¡quién sabe si tendrán algún enemigo oculto?

En caso de duda, cuando tal veáis, arriádmale una cerilla al manto y el fuego atestiguará su castidad. ¡Veréis, veréis como no arde ni un pelo de la ropa!

Eso sí, el cura á quien tal le suceda debe salir sin perder tiempo del curato, imitando en eso al bienaventurado Santo Toribio, que en la gloria nos espere muchos años. Amén.»

## Pensando en el porvenir

Una de las primeras innovaciones que debemos hacer cuando la guerra termine, es esta: sustituir en el escudo nacional el león por un perro de aguas: estéticamente producirá el mismo efecto, y estará más dentro de la verdad como símbolo; los perros lamen la mano del que les torpedea barcos; digo, no: del que les da puntapiés.

La fanfarronería fundada en los hechos que realizaron nuestros antepasados y que nosotros no sabemos ya, no digo imitar, ni comprender siquiera, podría ponernos en ridículo.

¡Y ay de aquel individuo ó aquella nación que lo esté! Dan lugar constantemente á la mofa, el desprecio ó el escarnio.

En buena moral cristiana, no debe exponerse jamás la existencia. No nos pertenece.

Y, sin embargo, mojan los católicos los dedos en el agua bendita de las pilas de las iglesias, donde pueden adquirirse y se adquieren el tifus, la tisis, la sífilis, etc. La ciencia ha comprobado que en el agua bendita se encuentran los bacilos de Koch, Eberth, de Klebs-Löffler.

Y pregunto:

Si el agua bendita sirve hasta para espantar los demonios, ¿por qué no espanta los bacilos?

Y no pudiéndome dar respuesta satisfactoria, atribuyo el hecho á milagro.

Y me quedo tan tranquilo.



DE LA VIDA ESPAÑOLA

## EL FLAMENQUISMO ES SUPERIOR A LA LEY

Un pueblo en ferias, que es como todos los demás pueblos

En un pueblo de España, de cuyo nombre podíamos prescindir los españoles sin que se notara la falta, vivían tres personas que no se podían ver «ni en pintura»: el alcalde, el maestro y el cura párroco.

Llegaron las ferias, y con ellas unas ansias enormes de tirar por la ventana el dinero ganado en la recolección de la cosecha.

Y he aquí en el pueblo á dos banqueros que contratan con el Casino la exclusiva del juego para volver á desvalijar á los mismos incautos del año pasado.

Y á la tía Nemesia, que ya envenenó con sus dulces el año pasado á unos cuantos niños y viene con su rueda mecánica á envenenar otros cuantos.

Y una compañía de titiriteros lisiados; la misma del año pasado.

Y á dos chulapones averiados que tiran de un organillo, cuyo repertorio consiste en música chula, matona, flamenca, torea y pornográfica.

Y á veinte ó más maletillas que, «porque tienen una cara de granuja que atufa», caen en gracia á los vecinos y les dan pupilaje y comida gratis.

Y á un fraile encargado de la oración sagrada al Santo Patrón, en cuya oración sagrada de todo se hablará menos de la vida del Santo, que, aparte de esto, es lo que menos importa á todos.

Y á un vendedor ambulante de novelas necias de quien, guiñándole un ojo de cierta manera, se obtienen las insignificancias siguientes: colecciones de tarjetas fotográficas, hechas en una posesión particular para burlar la ley, en las que hombres y mujeres desnudos ejecutan las porquerías más escandalosas; folletos y libros con láminas en color, donde las porquerías de las anteriores tarjetas son superadas en canalla embrutecimiento, y... tarjetas preparadas de tal manera, que las figuras de mujer no tienen cabeza, pudiéndose poner en su lugar la de la mujer que se desee; esto último se vende como el pan, pues se presta á las mil combinaciones que mejor es no suponer. Cuenta este «buen hombre», además, con un surtido caro, que él llama «posturas especiales»; éstas las compran las autoridades y gentes de viso.

Pero en este pueblo se oye este rumor: no hay capea.

Y entonces una Comisión de mozos crudos, escogida entre los más brutos, y con buenas estacas en las manos, «sube» á ver al señor alcalde, que precisamente en aquel histórico momento está viendo una colección de las «posturas especiales» para uso exclusivo de autoridades.

Y el que menos sabe de «la reunión», pero el que se «las trae» de verdad, toma ó agarra la palabra, escupe en el suelo, y dice:

—Pues venimos al aquel de que se *run-runea* por ahí que este año no hay vacas.

El alcalde, por toda contestación, les entrega un telegrama gubernamental, y como eso de saber leer es la cosa más endiablada del mundo, se busca por el pueblo quien sepa «de eso», y la Comisión se entera de:

Primero. Hay una ley que prohíbe las capeas.

Segundo. Todo alcalde que las permita será destituido.

El que lleva la voz cantante, escupe de nuevo, tose, se apoya en la estaca, y dice:

—Bueno. Pues este año y fecha hay toros en «ésta», aunque lo prohíba Dios.

El alcalde se rasca el cogote, gruñe, tose, escupe, palidece y dice:

—Mira, Eusebio, que se ha venido á mí el comandante del puesto y me ha dicho que tiene al *respective* órdenes severísimas.

—El tendrá lo que tenga; pero este año y fecha hay toros en «ésta», aunque se hunda el mundo.

—Has estáo bueno—dice otro de la Comisión, y repiten los restantes.

—Pues yo—añade el alcalde—me veo en la precisión de prohibir las vacas.

—¿A que no?—pregunta el Eusebio.

—¿A que no?—dicen á coro los de la Comisión.

El alcalde conoce á los de su insula y vuelve á rascarse el cogote.

—Pues que no hay otro remedio—dice medrosamente el «de la vara».

—¿A que no?—pregunta otra vez el de la estaca.

—¿A que no?—dicen á coro los de la Comisión.

—¡Pero si lo manda el gobernador!

—¡Como si lo manda María Santísima!

—Bueno, al avío. En la Caja del Ayuntamiento de mi cargo no hay un céntimo.

—¿Que no hay dinero para las vacas?

—Ni para las vacas ni para nada.

—Con que no hay dinero, ¿eh? Bueno, pues si no hay dinero para las vacas, aquí, en «ésta», va á haber «una» como para no ver otra.

—Como sigas amenazando, donde vas á ir tú es á la cárcel.

—¿A que no?—dice el Eusebio riendo.

—¿A que no?—preguntan á coro los otros.

El alcalde lo mira, vacila, se rasca el cogote y dice:

—¡Aquí quisiera yo ver ahora al gobernador!

—¿Pa qué?

—¿Que pa qué? Pues pa que viera lo que es ser alcalde de un pueblo cuando hay toros por medio.

Sucede un silencio; en este silencio se oyen como disparos de trabuco naranja, setecientas interjecciones, blasfemias, dictérios y calificaciones que el señor alcalde dirige á los poderes del cielo y de la tierra. De pronto se le ocurre una idea:

—El maestro acaba de decirme que si hay capea le escribe á un periódico de Madrid y nos pone que no habrá por donde cogernos.

—Bueno, ese está ya arreglado. ¡El estacazo que se va á mamar en de que salgamos!...

—Que estáis abusando y no me conocéis bien...

—¿A que no?—grita Eusebio.

—¿A que no?—gritan los demás.

—¡Bueno, pues aquí de los hombres: no hay vacas!

—¿A que sí?—dice Eusebio, esgrimiendo la estaca.

—¿A que sí?—apoyan los demás.

Y, en efecto, hay capea, dinero para las vaquillas, ó sea unos toros tremendos que se conocen por ese diminutivo engañoso, y el maestro tiene que encerrarse en la casa porque le esperan noche y día para arrearle el estacazo prometido, y el alcalde acude á casa del cacique, y este señor escribe al gobernador una epístola

que comienza con estas abracadabrantas palabras españolas: «*Mi querido amigo: El excelentísimo presidente del Consejo, que hace tantos años me distingue con su preciosa amistad...*»

Resultado:

Cinco mozos heridos de gravedad.

Dos mozos muertos.

La Guardia civil que interviene, y, agredida, dispara con bala.

Un maletilla que al irse se ha caído bajo el tren y se ha hecho papilla.

Gastado todo el dinero que había en la Caja municipal.

Burlada la ley.

Burlado el gobernador.

Deshechos dos toros á pinchazos y puñaladas.

Enfermedades graves contraídas por comer esa carne infectada.

Acorralado y amenazado de muerte el maestro.

Desobedecida y agredida la autoridad.

Destituido un alcalde.

Un artículo en el periódico hablando del pueblo como se merece, y que surte el efecto siguiente en los mozos:

—¡Pues el año que viene no va á ser ná la del ojo!...

Llegan las elecciones.

Un señor habla. Quiere ser diputado por este pueblo y dice:

«¿Quién será capaz de poner en duda que la cultura salva á los pueblos?...

Y el maestro, á quien por fin han dado el estacazo una noche, porque se *la guardaban*, y ha quedado sin dos costillas por causa de él, oír á este hombre y se dirá:

—La cultura salva á los pueblos; nada más cierto. Y ¿quién salvará á los que impiden, malogran, ven con indiferencia y hasta burlan el que esa cultura se lleve á los pueblos en nobilísima cruzada de abnegación?

Ah, nos olvidábamos. Ese diputado había escrito al gobernador cuando los sucesos, diciendo: «*Eche usted tierra al asunto; yo me encargo del ministro*».

EUGENIO NOEL

## Cine clerical

Entre cucos anda el juego

I

—Mira, hijo mío, haz lo que te dice tu madre, que tiene más experiencia de la vida que tú. Don Braulio está muy metido con Dato, es muy amigo del cocinero mayor de Palacio, entra y sale mucho en la Presidencia, quizás pretende alguna acta, y no le ha de gustar que su hija Clarita tenga relaciones con un herejote como tú.

¡Mamá, por Dios! ¿Qué herejías son las mías? Cualquiera diría que...

—No, ¡si ya sé que en muchas cosas tienes razón... En el fondo tu padre y yo estamos de acuerdo contigo; pero, hijo, la sociedad exige ciertas concesiones, hay que vivir con su tiempo, y esas ideas que has traído de París no cuajan aquí, créeme.

—Es decir que tengo que hacer el hipócrita, fingir...

—¡Empleas unas palabras! Transigir, no chocar: haz lo que tu padre, lo que yo... Mira, desde que entré en



# EL MOTIN



El p'an fracasado de Alemania: convertirse por la fuerza en el estómago del Mundo.

Ayuntamiento de Madrid



el Ropero de Santa Ursula, las de Roldán que me miraban por encima del hombro, están conmigo hechas unas mieles. Y con tu padre, no digo: el subsecretario le lleva en palmitas. Créeme: no visten la herejía, ni las ideas avanzadas... Si quieres á Clarita, ó á su dote, que es un buen bocado, catolicismo por todo lo alto.

—¡Qué farsa!

—No, hijo; es saber vivir.

## II

—Mira, Clarita; esconde esos libros, y que no te vea tu novio leer esas cosas.

—¿Quieres que lea *El Mensajero del Sagrado Corazón*?

—Mejor efecto haría... Tú no tienes en cuenta que los papás de Enriquito blasonan de católicos á macha martillo, que andan siempre metidos en todas las Juntas religiosas... Ni ellos, ni él te querían si supieran cómo piensas...

—Como pensamos, querrás decir.

—Como quieras, pero esto queda para puertas adentro... Ayer mismo le vi en la misa de una en las Calatravas, y al salir el P. Zoquete se saludaron muy afectuosamente.

—No faltaría más que fuese un beato.

—No lo creo: hará lo que todos, seguir la corriente. ¿Crees tú que tu padre habría conseguido esa comisión si Dato no le tuviera por un católico convencido? No, no, has de cambiar; si quieres pescar á Enriquito, que pronto será agregado de embajada, has de respirar religiosidad por todos los poros.

—¡Tener que fingir!...

—Calla, tontuela; eso será hasta que te cases; lo mismo hice yo con tu padre, y luego resultó que creía menos que yo en esas cosas. ¡Y le tenía por un santo! Es la sociedad, hija, la pícara sociedad la que exige estos sacrificios.

—O estas mentiras.

—Lo mismo da.

FRAY GERUNDIO

## Teoría y práctica

«Amad á vuestros enemigos; bendecid á los que os maldicen; haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace que su sol salga sobre malos y buenos y llueve sobre justos é injustos.» Mat. 5. 44, 45.

Todos los que actualmente se terminan en Europa, menos los turcos, profesan la religión del que dicen que dijo eso. Algunos se atreven á propalar que obran por mandato de Dios, y, sin embargo, aman á sus enemigos á balazos, los bendicen á cuchilladas, les hacen bien con zepelines, aeroplanos, submarinos gases asfixiantes, y oran por ellos

con las bocas los cañones, las ametralladoras los fusiles.

Si no fuera por lo respetuoso que soy con la opinión ajena, según es público y notorio, quizás me atreviese á calificar de embusteros á cuantos sostienen que sin el freno religioso se convertiría el hombre en fiera.

Lo cual sería una gran ventaja para todos, puesto que los lobos son fieras y carecen de religión, pero no se muerden.

## Ferrocarriles

### IV

#### Actualidades y remembranzas

Como cosa de ahora mismo, la intitulada Junta de Transportes dispuso que las Empresas férreas señalaran en todas las expediciones el plazo máximo de aquéllos, para que respondieran legalmente de los perjuicios ocasionados por injustificables retrasos.

No podía honestamente pedirse la revocación de tan atrevida orden, que ya verán ustedes si tiene historia, pues su origen casi se remonta á la época gloriosa en que D. Juan Alvarez de Mendizábal cursaba primeras letras. No es de los días de Floridablanca, pero sí de su propia escuela, bastante anterior desde luego de la en que estudiaran esas notabilidades de hoy, que pueden con derroches de moralidad regir el arriendo de un monopolio del Estado y defenderlo en el templo de las leyes frente á los propios representantes del Poder público. No podían las Empresas pedir la revocación, y yo tengo para mí que no la han pedido; mas su inagotable ingenio las ha salvado como tantas y tantas veces del compromiso de entregar en plazo determinado en el punto de destino la mercancías que reciben en facturación.

Son agudas como lince; como que han de procurar que no se entere la Intervención del Estado; y, aunque constantemente, con el celo que se le supone, actúa en el propio seno de las Empresas, en los veinte ó más días que van transcurridos, no se ha enterado, ni es de temer que se entere, ó si se entera, que sea después de entrar la discreta maña en el orden de los derechos adquiridos; al amparo quizás de la vía contenciosa, que está separada del simple mortal tanto aproximadamente como la Vía Láctea, aunque se encuentra tabique por medio de todas las Empresas arrendatarias de servicios públicos.

El medio ideado para librarse de tamaña pejiquera no puede ser ni más ingenioso ni más sencillo; con decir que deja tamañito al huevo de Colón...

Se reduce simplemente á que todo el que quiera facturar una mercancía, firme una hoja, en que se escribe una sencillísima y breve frase:

Conforme con retraso.

Y si no, no se factura; ni protestas, ni desazones, ni nada; si no quieren firmar, se llevan sus mercancías y tan amigos como antes; no las retienen allí ni cosa parecida. Eso sería un abuso, y de abusos no se trata.

Las Compañías, con esa ligera salvada, parecida á cierto signo grotesco que

al compás de un golpecito en el codo hacen con cualquier motivo humorístico las gentes del vivir alegre, ya tienen por delante el tiempo que haga falta para ir saliendo de sus apuros, que nunca será tanto como el que ha necesitado la Administración para enterarse de que deben las expediciones de ferrocarriles contar con un plazo para su llegada, aunque vayan en pequeña velocidad; y eso, gracias á la Junta de Transportes.

Cuando se hizo la restauración de los chirimbolos de antaño, parece que los restauradores dejaron en olvido cosillas de ferrocarriles, que se conoce que van haciendo falta hogaño. Si no se les hubieran olvidado, es muy probable que ahora las Compañías no tuvieran bastante para salir airoso de sus múltiples agobios con el consabido signo del golpecito en el codo.

Dice una Real orden de 10 de Enero de 1863, que los transportes de pequeña velocidad han de andar 125 kilómetros por lo menos cada veinticuatro horas, si el recorrido no pasa de 300 kilómetros; y siendo mayor, 100 por lo menos cada veinticuatro horas.

Esta Real orden no está derogada; es que no se acordaron de restaurarla con aquellos dichosos cachivaches de los canales; decía el filósofo de la Economía política, Enrique George, que eran signo del envilecimiento humano. Lo decía George, yo no lo digo. Yo ni quito ni pongo rey.

Mas es el caso, que ya completamente restaurados y continuando lo que llaman nuestra historia, en 9 de Abril de 1876, un ministro, probablemente loco todavía por los trastornos pasados, dispuso de Real orden que se fijara en los talones de ferrocarril el plazo máximo en que se habían de verificar los transportes, según el art. 109 del reglamento de 8 de Julio de 1859.

Tenemos, pues, que el 59 había un reglamento que obligaba á las Empresas de Transportes á declarar en cuánto tiempo habían de entregar la mercancía al destinatario; en 10 de Enero de 1863 una Real orden diciendo á las Compañías cuántos kilómetros había de andar por día la expedición facturada; en 1876 un ministro que ordena el cumplimiento del art. 109 de ese reglamento, para que tenga la debida efectividad la Real orden precitada; y en 1917 apenas hay quien se acuerde de que esas ligeras y rudimentarias garantías existen en nuestra vieja legislación de ferrocarriles, y al acordarse como esfuerzo inaudito de séres que se encuentran en extrema necesidad, quedan anuladas con un guiño picaresco y un golpecito en el codo.

Claro que estas argucias, de las cuales no tendrá seguramente noticia la Administración pública, como no sea en el seno de la confianza, las imponen la falta de material;—por el pan riñen muchas veces los que llegaron tarde al planeta Tierra y en la cárcel dan con sus huesos—pero de eso y de otros puntos muy ligados con el interés público, habré de tratar en el próximo artículo.

FRANCISCO RIVAS

Barcelona, Marzo 1917.

## Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.



# La Musa anticlerical

(CONTINUACION)

## Romance

Minguilla, guante del cura,  
que á todos los escolares  
los despierta una belleza  
y los anima un donaire.  
No te fíes de ti misma,  
mira que te aviso, Zaide,  
que en gusto y atrevimiento  
yo me atengo á los abades.  
No hay femenino imposible  
que no lo venza y allane  
un solo decir de un creigo,  
un solo mirar de un fraile.  
No hacen y dicen siempre  
los menguadejos seglares,  
pero los eclesiastones  
no dicen y siempre hacen.  
No te tengas por hermosa,  
con ser más linda que un angel,  
sin decillo licenciados,  
sin sabello guardianes.  
Si bonete ó si capilla  
se pusiesen, Dios te guarde,  
recélate de tu agüelo,  
no te fíes de tu padre.  
Si contra un hábito luengo  
y una sotana te vales,  
pardios, mozueta, que puedes  
pasar los bancos de Flandes.  
Por diez veces diez escudos  
dió á cierta mozueta un fraile,  
y por aquesto se dijo:  
quien tal hace que tal pague.  
Para numerar las veces  
que trabajan esos padres  
se inventó el cuento de cuentos,  
y aun ¡plague al Señor que baste!  
Reniegan de sus parientes,  
porque como todos hacen  
sangre de la carne propia,  
ellos de la carne sangre.  
A fe, linda picarilla,  
ques un animal la sangre  
que apetece, como todos,  
también á su semejante.  
Es Amor un mancebete  
que en parentescos más graves  
él se dispensa así mismo  
sin que el Papa se lo mande.  
Es muy poco escrupuloso,  
que la obediencia en el aire  
quitará á su santidad  
y á todas las santidades.  
Mañana, hermosaza mía,  
con licencia de tu madre,  
destos celos sacerdotes  
irá la segunda parte.

ANTONIO DE MENDOZA

Siglo XVII

□ □

Ponderó tanto en Madrid  
el fraile don Celedonio  
lo dulce del matrimonio  
á la soltera Beatriz.

que ésta le dijo: ¡pardiez!  
será cosa superior;  
pero diga usted, señor,  
¿y cómo lo sabe usted?  
Viéndose el fraile en tal baile,  
á la niña contestó:  
«Lo sé... porque he sido yo  
cocinero... antes que fraile.»

□ □

## Un censor eclesiástico

Es en teología sacra  
y cánones un doctor,  
tan escaso de talento  
cual lleno de presunción,  
y decide *urbi et orbe*  
lo que es herético ó no.  
Se precia de gran latino,  
y el habla de Cicerón  
destroza, como lo haría  
el más vulgar aguador.  
A enmiendas y correcciones  
demuestra tal afición,  
que se cree capaz el mozo  
de enmendar la plana á Dios.  
No ha mucho que revisando  
un periódico, leyó  
sobre Colón y su huevo  
no sé qué disertación.  
¡El huevo de Colón!, dijo  
lleno de santo furor.  
¡Con qué insolencia se escriben  
los periódicos de hoy!  
Y requiriendo la péñola  
el epígrafe cambió  
por el siguiente: *El testículo*  
*de Don Cristóbal Colón.*

JOSE NAKENS

□ □

¡Nada á los niños se escapa!  
Viendo á Dios crucificado  
dijo el de una viuda guapa:  
—¡Hay que comprarle una capa,  
que está muy desabrigado!

EUSEBIO BLASCO

□ □

## Cuento

Servi luego á un clérigón  
un mes, pienso que no entero,  
de lacayo y dispensero;  
era un hombre de opinión;  
su bonetazo calado,  
lucio, grave, carilleno,  
mula de veintidoseno,  
el cuello torcido á un lado,  
y hombre en fin que nos mandaba  
á pan y agua ayunar  
los viernes, para ahorrar  
la pitanza que nos daba;  
y él comiéndose un capón  
(que tenía con ensanchas  
la conciencia, por ser anchas  
las que teólogas son)  
quedándose con los dos  
alones cabeceando,  
decía al cielo mirando:  
«¡Ay, ama, qué bueno es Dios!»  
Dejéle en fin por no ver  
ente que tan gordo y lleno,

nunca á Dios llamaba bueno  
hasta después de comer.

TIRSO DE MOLINA

□ □

Refiriendo las proezas  
que hizo en la guerra civil,  
un sotana muy cerril  
decía entre mil simplazas:  
«A mil negros derrotó  
el cabecillo Ceballos  
al frente de cien caballos:  
uno de ellos era yo.»

□ □

## De bandido á cura

Un célebre bandolero  
de malísima ralea  
escapóse de presidio  
y se internó por la sierra.  
Buscó y encontró á su gente,  
á la partida perversa  
terror de los caminantes  
que llevasen bolsa llena.  
Pero observó que faltaban,  
con muchísima extrañeza,  
varios bandidos, y dijo:  
—¡Desembuchad lo que sea!...  
¿Dónde están esos valientes?...  
¿Los guardaron en la trena?  
¿Se han fugao é la partía?  
¡Hablad pronto, que yo sepa!...  
—Pus, mi capitán — repuso  
el teniente *Sangre-negra*:  
al *Afligto* lo ajorcaron;  
el *Podrido* se halla en Ceuta;  
al *Musico* de un balazo  
le aplastaron la sesera...  
y el *Culebrón*... se hizo cura...  
¡es párroco de una ardea!  
—Bien — replicó el capitán, —  
¡Pobres muchachos! ¡me apena  
su suerte!... Pero *espicharon*  
cou muchísima vergüenza,  
menos ese *Culebrón*  
que se ha *metto* en la Iglesia...  
Recordaréis que os lo dije:  
«¡Ese *gachó* se malea!»

RAFAEL CAMPILLO

□ □

Pepa y el cura Sarmiento  
se encontraban cierto día  
en alegre compañía  
olvidando un mandamiento.  
El ama les sorprendió,  
y á Pepa en la calle puso  
diciendo: —Para ese uso  
me basto y me sobro yo.

R. CABEZAS MURIEL

□ □

## Timba y subasta

Llega la función del pueblo,  
y á la puerta de la iglesia  
preparan un mostrador  
como un tinglado de feria.  
Sobre él se ven cien objetos,  
dulces y frutas diversas,  
unos para ser rifados,  
los otros para la venta.  
Junto á una virgen del Carmen



se ven colgando unas medias,  
y junto á un niño Jesús  
un frasco de Carinena;  
junto á un melón un rosario,  
junto á un Cristo una vihuela,  
junto á un retrato del Papa  
se ve una gaita gallega,  
y escapul rios, medallas,  
libros de misa, novenas;  
entre cestos de pepinos  
albaricoques y peras,  
el bombo para la timba,  
que con singular destreza  
para animar á las gentes  
el monaguillo voltea.  
El *sacris*, enronquecido  
por *mor* de una gran *jumera*,  
dice al respetable público.  
«Señores, la rifa empieza.»  
Procede á sacar las bolas,  
mas de tan torpe manera  
hace las trampas, que todos  
con fuertes gritos protestan.  
Un respetable paleta  
quiere saltarle las muelas,  
pues salió el noventa y nueve  
y el sesenta y seis voceá;  
á lo que el *sacris*, temiendo  
que le santigüe la *jeta*,  
responde: «Dispense usté,  
que estaba la bola vuelta.»  
Y por este estilo varios  
concurrentes se sublevan  
y quieren cortar el pelo  
al tramposo rapavelas.  
Si es en la venta, se escuchan  
las cosas más estupendas:  
«¿Quién compra «*est*» par de chaubras  
de María Magdalena?  
¡Los calcetines de Cristo!  
¡Las ligas de Santa Tecla!  
¿Quién compra el melón del cura  
que se vende en dos pesetas?»  
De este modo los *sotanas*,  
con sus rifas y almonedas,  
ridiculizan el culto  
y defraudan á la Hacienda.

■ ■

La rústica Nicolasa  
se acomodó muy contenta  
de cierto cura en la casa  
en calidad de sirvienta.

Tanto gusto, dice, ha hallado  
al extremo de locura,  
que de mimos ha enfermado;  
mas cuenta con tener *cura*.

■ ■

## Cuento

Enfermó un hombre de un ojo,  
y tanto su mal creció  
que de aquel ojo cegó,  
si no lo habéis por enojo.

Con el ojo que de nones  
le vino á quedar pasaba,  
y veía lo que bastaba,  
sin curas, agua ni unciones.

Mas como uno le dijese  
que si es que vista desea,  
al Cristo de Zalamea  
devoto y contrito fuese,  
donde por diversos modos,  
el cojo, el ciego, el mezquino,

con el aceite divino  
de todo mal sanan todos.

él al punto se partió  
á fin de desentuetar  
al soberano lugar;  
apenas en él entró

cuando á la lámpara parte,  
y tanto el aceite agota  
que entrambos ojos se frota  
por una y por otra parte.

El ojo que bueno estaba,  
con el contrario licor  
sintió tan fuerte dolor  
que del casco le saltaba;  
y, en fin, sin remedio alguno  
hubo de venir á estado  
que de allí á una hora el cuitado  
ya no veía de ninguno.

Al Cristo entonces se fué  
alentando como pudo,  
y á sus pies muy á menudo,  
con más cólera que fe,  
á grandes voces decía:  
«Señor, á quien me consagro;  
ya no quiero más milagro  
sino el que yo me traía.»

DR. JUAN PÉREZ DE MONTALVÁN

■ ■

Dice doña Concepción  
que á la fuerza ha de pecar,  
por cumplir la obligación  
que tiene de confesar.

■ ■

## El premio de la fe

El moro Sid-Bem-Isán,  
un islamita ferviente  
y admirador consecuente  
de Mahoma y su Corán,  
cumpliendo su religión  
que ordena á los agarenos  
ir á la Meca á lo menos  
una vez en procesión,  
hizo de su ajuar dinero  
y sudando la manteca  
encaminóse á la Meca  
como creyente sincero.

No ignoraba que es estorbo  
á expedición tan piadosa  
esa epidemia espantosa  
llamada cólera morbo;  
pero en su devoto anhelo  
sinceramente creía  
que si en la tierra moría  
resucitaba en el cielo;  
y en el cielo musulmán  
donde hay encantos, placeres,  
hermosísimas mujeres  
que ardorosos besos dan!

Sacudió el sucio turbante,  
de víveres hizo alijo,  
cogió la espingarda, y dijo:  
¡Sust! ¡A la Meca! ¡Adelante!

Mas ¡ay! á medio camino  
con diarreas y temblores  
falleció entre mil dolores  
el devoto peregrino.

Voló, es claro, al Paraíso.  
Cuando la estancia sagrada,  
del Profeta en la morada  
la puerta franquear quiso,  
se encontró con las huries  
que dijeron de esta suerte:

«Sid-Bem, vamos á ponerte  
los puntos sobre las íes.

Por efecto singular  
de ese mal aterrador,  
te traes, amigo, un olor  
que no se puede aguantar.

Vuelve á tu mundano harén  
y participa á las gentes  
que aquí se admiten creyentes,  
pero tienen que oler bien.»

JOAQUÍN G. LOSADA

■ ■

Gritaba un *clericeronte*  
de esos de gran solideo:  
«Preso que tiene *monises*  
sale, si quiere, á paseo.»

—No le debe á usté extrañar,  
le contestó D. Liborio,  
cuando usted por dos pesetas  
los echa del Purgatorio.

F. R.

■ ■

## Conformidad cristiana

Una monja en Aragón  
diera en la santa manía  
de rezarle noche y día  
al glorioso San Ramón.

Y entre alicaída y fuerte,  
ya riendo ó ya llorando,  
gritaba de vez en cuando:

—¡Dadme, Señor, buena muerte!

Al sacristán, que era un pillo,  
si de adularle se trata,  
chocóle de la beata  
el incesante estribillo,  
y oculto detrás del santo,  
lo cual no es muy reverente,  
observaba atentamente  
aquel rezo y aquel llanto.

—¿De qué me vas á matar?

preguntó la religiosa,

y el sacristán dijo:—Es cosa

que tú misma has de indicar.

—¿Cuál será mi conclusión?

Decidlo vos, padre mío.

—¿Te quieres morir de hastío?

—No, padre. —¿De opilación?

—Otro afán mi alma atesora.

—Dilo, replicó el tunante;

y con acento anhelante

así habló la pecadora:

—Hasta obtener caridad

de este sitio no me aparto...

—¿Te quieres morir de parto?

—¡Hágase tu voluntad!

LUIS TABOADA

■ ■

Cierto fraile jorobado  
y un canónigo tripón  
sostuvieron discusión  
por cual era peor formado;  
ya de argüir enojado,  
dijo aquél: «es consecuencia,  
ya una, ya otra excrecencia,  
de la moral que observamos:  
fraile, á la espalda la echamos;  
cura, da al vientre potencia.»

ENRIQUE CAÑIZO

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12.